

¿Ha retornado a Europa la geopolítica?

G.B. (RES.) SALVADOR SÁNCHEZ TAPIA

Prof. de Relaciones Internacionales en la Universidad de Navarra;
coordinador de *Global Affairs Journal* #5

“Quien controle Europa Oriental domina la Tierra Corazón; quien controle la Tierra Corazón, domina la Isla Mundial; quien controle la Isla Mundial, domina el Mundo”

Halford Mackinder

En agosto de 2008, Rusia invadió Georgia. En una operación militar que duró escasamente doce días, fuerzas de la Federación Rusa ocuparon los territorios georgianos de Abjasia y Osetia del Sur, de donde no han salido aún, poniendo fin a los esfuerzos del gobierno de Tiflis por acercarse a las instituciones de Europa Occidental; concretamente, a la OTAN, organización que, en la cumbre celebrada en Bucarest en abril de ese mismo año, consideró la admisión del país caucásico como miembro de pleno derecho.

Además de deteriorar las relaciones de Rusia con Estados Unidos, la invasión de Georgia anunciaba la nueva forma en la que Vladimir Putin pretendía conducir las relaciones con sus vecinos. Un año después, en febrero de 2009, el presidente norteamericano Barak Obama ensayó un reinicio con el que trató de reconstruir, empezando de cero, las maltrechas relaciones con Moscú. El intento cosechó algún éxito, pero no sirvió para evitar que Rusia continuase avanzando con paso firme en una política exterior cada vez más asertiva que alcanzó su clímax con la anexión

en 2014 de Crimea y la ocupación de parte del Donbás ese mismo año.

Esta brutal forma de interferir en los asuntos internos de Ucrania ha tenido una coda reciente en la guerra que se libra en territorio ucraniano desde febrero de 2022 como consecuencia de la invasión que Rusia llevó a cabo para poner fin a la deriva pro-occidental del gobierno de Volodimir Zelenski y anclar definitivamente a Ucrania a la “esfera de influencia” rusa. Aunque, obviamente, resulta hartamente prematuro extraer lecciones definitivas con la guerra aún abierta, sí puede decirse que la contienda está sirviendo para avivar un debate académico y profesional sobre la forma de conducir las relaciones internacionales.

Este debate plantea el retorno de la geopolítica como argumento y pauta sobre el que basar las relaciones entre los miembros del sistema internacional, sustituyendo al paradigma de cooperación internacional que propone el liberalismo. El hecho de que la guerra de Ucrania tenga una explicación, al menos parcial, en la atávica preocupación rusa por su seguridad, nacida de sus circunstancias geográficas, abonaría la noción del retorno de

la geopolítica a Europa. ¿Significa, pues, la actitud de Rusia una vuelta a los dictados de la geopolítica como guía de las relaciones internacionales?

Implícita a la pregunta está la suposición de que la geopolítica ha estado hasta ahora ausente del inventario de herramientas en manos de los responsables de la política exterior de las naciones europeas. A su formulación subyace un concepto de geopolítica que la convierte, despreciándola por ello, en un útil al servicio de una visión “realista” del mundo que concibe las relaciones internacionales como un juego de suma cero por el poder dentro del sistema internacional; una perspectiva que contempla el mundo con la “mirada del estratega militar”¹. Así vista, la geopolítica aparece para sus detractores como un indeseable contrapunto a la visión liberal introducida al final de la Segunda Guerra Mundial, que propugna un sistema internacional basado en normas e instituciones, y cuyos agentes renuncian a satisfacer algunos de sus intereses, sacrificándolos en el altar de la cooperación y la estabilidad internacionales.

La guerra de Ucrania se produce en un momento en el que

SUMARIO

NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN DE LA GEOPOLÍTICA
P. 7

CRÍTICAS A LA GEOPOLÍTICA
P. 8

¿RETORNO DE LA GEOPOLÍTICA?
P. 10

CONCLUSIONES
P. 12

ese orden parece estar siendo desmantelado y reemplazado por otro cuyos contornos no están aún claros, pero en el que China y Rusia aparecen como potencias iliberales que disputan su legitimidad, y que actúan movidos por crudas consideraciones de poder. ¿Actúan estas potencias con criterios geopolíticos? ¿Será la geopolítica el paradigma que regule el comportamiento de los estados en ese nuevo orden, si es que, efectivamente, llega a materializarse? ¿Asistimos a la reconstrucción de “esferas de influencia” por las grandes potencias? ¿Es la geopolítica culpable de ello?

Estas y otras cuestiones son las que aborda este nuevo número del *Journal* con el telón de fondo, precisamente, de la guerra que se está librando en estos momentos en Europa. Por razones de claridad, parece oportuno comenzar haciendo una introducción a la geopolítica, su decurso histórico, su auténtico significado y su actual validez como instrumento de la política exterior y de seguridad de los actores del sistema internacional.

NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN DE LA GEOPOLÍTICA

Aunque puedan encontrarse referencias a la relación entre geografía y política en la antigüedad remota, la geopolítica moderna nació a finales del siglo XIX en Europa, de la mano de figuras como el alemán Friedrich Ratzel (1844-1904), o su discípulo sueco Rudolf Kjellén (1864-1922), ciertamente menor si no fuera porque acuñó para la posteridad el término “geopolítica”². Influidos por un caldo de ideas maltusianas y nacionalistas, mezcladas con otras tomadas del darwinismo social, Ratzel concibió el estado como un organismo vivo necesitado de espacio *-Lebensraum-* y de recursos, y que únicamente crecería saludable a través de la expansión territorial.³

El geógrafo alemán Klaus Haushofer fue, siguiendo la estela de Ratzel, quien más contribuyó al desarrollo de esta disci-

**EL BRITÁNICO
HALFORD
MACKINDER
CONCLUYÓ
EN 1919
QUE UNA
POTENCIA
TERRESTRE
-RUSIA O
ALEMANIA-
PODRÍA
OBTENER EL
CONTROL
CONTINENTAL
EN EURASIA**



El área pivote o *Heartland* de Mackinder, en “The Geographical Pivot of History”, 1904

plina. Haushofer no fue del todo original en sus planteamientos. De Ratzel, por ejemplo, adoptó la idea del *Lebensraum*; de Kjellén la de la autarquía, por la que los estados se verían compelidos a alcanzar la autosuficiencia económica; del británico Mackinder, finalmente, la de la “Tierra Corazón” (*Heartland*), a la que nos referiremos más adelante⁴.

En la búsqueda de la autarquía, Haushofer propuso la idea de las “Pan-Regiones”, grandes espacios constituidos por la asociación de regiones del Hemisferio Norte con otras del Hemisferio Sur con una idea de complementariedad según la cual el Sur dotaría de recursos al Norte. Haushofer concibió tres de estas pan-regiones: Pan-América, centrada en Estados Unidos; Pan-Asia con Japón como potencia dominante; y Euráfrica, naturalmente, bajo tutela de Alemania. Una posible cuarta pan-región vincularía a Rusia con la India.

La aportación más relevante al pensamiento geopolítico actual vino de la mano del geógrafo británico Halford J. Mackinder (1861-1947). Mackinder, hijo de la Gran Bretaña imperial, desarrolló sus ideas con el objetivo final de preservar el poder británico y la preeminencia de Gran Bretaña como potencia dominante; concebía el mundo como una confrontación por el poder global de dos visiones contrapuestas: la

de las potencias marítimas dependientes del comercio –cuyo epítome era Gran Bretaña–, y la de las potencias terrestres, encarnadas por Alemania y Rusia. En su cosmovisión, Mackinder veía a Eurasia y África, unidas por el istmo de Suez, como una entidad a la que denominó la “Isla-Mundial” (*World-Island*), bendecida por su abundancia de población y recursos, y rodeada por un creciente insular que incluía los territorios de América, Australia, Gran Bretaña y Japón.

Proclamando la ventaja intrínseca del poder naval sobre el terrestre, que podría ceder a este último como consecuencia del crecimiento tecnológico, Mackinder concluyó en 1919 que una potencia terrestre –Rusia o Alemania– podría obtener el control continental en Eurasia aprovechando las posibilidades que el desarrollo del ferrocarril ofrecía para proyectar poder desde una posición central protegida del acceso desde el mar y ubicada en la zona de las estepas de Siberia que denominó la “Tierra Corazón” (*Heartland*), el quicio de cuyo control situó en Europa Oriental, desde donde Rusia o Alemania, con sus importantes bases de población, podrían lanzarse al control de todo el continente, amenazando desde sus costas el dominio británico del mar⁵. Mackinder encapsuló la ventaja que confería al control del *Heartland* en el fa-

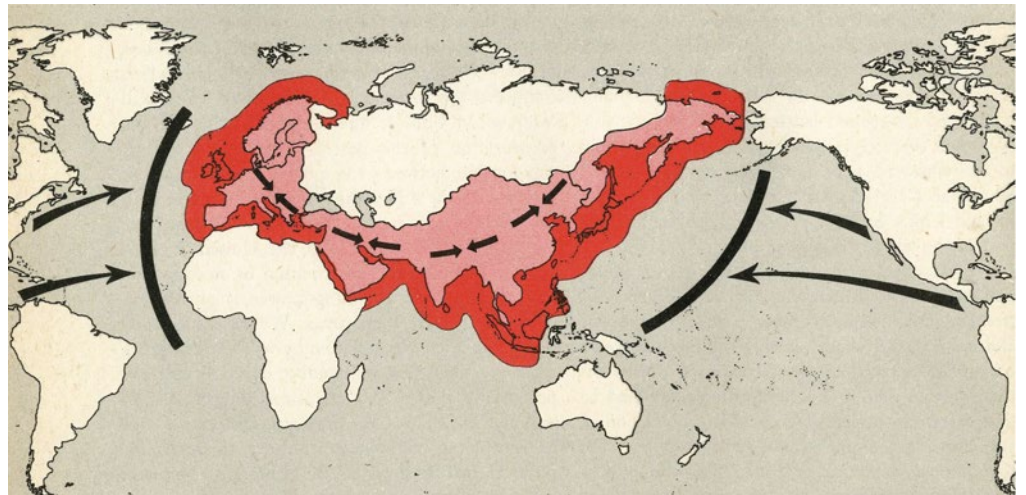
moso adagio que se reproduce en la cita epigráfica al comienzo de este artículo.

La influencia del pensamiento de Mackinder se hizo sentir durante la Conferencia de París que fijó las condiciones de paz tras la Primera Guerra Mundial. En 1919, el geógrafo británico preconizaba la idea de crear, con los despojos de los vencidos, un colchón de pequeños estados independientes en Europa del Este que separase el mundo eslavo del mundo germano, conjurando con ello el riesgo de que una potencia única, fuera esta Alemania o Rusia, llegara a controlar la zona para, desde ella, lanzarse al control del mundo. La creación de estados como Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, o Bulgaria muestra cómo la delegación británica en la conferencia tuvo muy en cuenta las opiniones de Mackinder.

Esta visión geopolítica del *Heartland* tuvo su correlato, algo más tarde, al otro lado del Atlántico en la teoría de la “Tierra Marginal” (*Rimland*) del profesor norteamericano Nicolas Spykman (1893-1943). Esta teoría, directamente inspirada por las ideas de Mackinder ofrecía, en cierto modo, una imagen especular del modelo del *Heartland*.

Para Spykman, la ventaja geopolítica estaba en manos de quien controlara el espacio costero que rodea al *Heartland* de Mackinder –espacio que el británico denominó “creciente interior marginal” y Spykman llamó “tierra marginal”–, por su población, por sus recursos y por la posibilidad que ofrece de utilizar líneas marítimas interiores para acceder a la “Tierra Corazón”. Remedando a Mackinder, Spykman afirmó que “quien controla el *Rimland* domina Eurasia; quien domina Eurasia, controla los destinos del mundo”⁶.

En el momento en el que Spykman formuló su teoría, Alemania era la potencia que, gracias a su alianza con Japón, amenazaba con materializar el control del *Rimland*, poniendo en riesgo la



El *Rimland* o tierra marginal de Spykman, en “*Geography of Peace*”, 1944

PARA EL ESTADOUNIDENSE SPYKMAN, LA VENTAJA GEOPOLÍTICA ESTABA EN REALIDAD EN MANOS DE QUIEN CONTROLARA EL ESPACIO COSTERO QUE RODEA AL HEARTLAND DE MACKINDER

superioridad de Estados Unidos, que había ya reemplazado a Gran Bretaña en el rol de principal potencia naval. Spykman postulaba una alianza del poder naval angloamericano y del poder terrestre soviético para neutralizar esa posibilidad⁷.

El elenco de autores que, a lo largo de la Historia, ha configurado el canon de la geopolítica clásica podría completarse con otros como Mahan, apóstol del poder naval, o Alexander Seversky, orientado al aéreo. Son los aquí señalados, sin embargo, los más invocados por quienes abogan hoy por el renacimiento de la geopolítica. También, y por la misma razón, son los destinatarios de la mayor parte de las críticas que se hacen a esta disciplina.

CRÍTICAS A LA GEOPOLÍTICA

El *corpus* doctrinal de la geopolítica clásica ha sido objeto de crítica desde el momento de su alumbramiento. Desde distintos puntos de vista, y por diversas razones, esta rama de la geografía ha sido sometida a un escrutinio que ha llevado a no pocos a negarle validez científica y a desacreditarla como herramienta sobre la que articular la lógica de las relaciones internacionales de un estado.

El primer y severo golpe a su respetabilidad lo recibió la geopolítica ya durante el período de entreguerras por la estrecha y controvertida relación que mantuvo Haushofer con el régimen

del Partido Nacionalsocialista⁸. Pese a que Haushofer acabó siendo internado en el campo de Dachau, la conexión del geógrafo con la jerarquía del NSDP convirtió a la geopolítica en sinónimo de imperialismo y militarismo, y la sumió en el descrédito y en un abandono casi total.

Este rechazo a la alemana se unía al que mereció toda la geopolítica “clásica” por sus conexiones con ideas tan controvertidas como el darwinismo social que, según los críticos, viciaba a esta disciplina y la inclinaba indefectiblemente hacia un nacionalismo militarista y expansionista⁹. La crítica por este pedigrí ideológico y por el determinismo que, siempre según sus detractores, acarrea, no se limitaba, por tanto, a la *Geopolitik*, sino que extendía su manto de sospecha sobre la geopolítica procedente del ámbito anglosajón, incluyendo a Mackinder¹⁰. A pesar de que, si existió en sus primeras formulaciones, el determinismo fue pronto abandonado, la geopolítica debía ser deslegitimada como una forma de aproximarse a las relaciones internacionales que encierra en sí misma la semilla de la guerra.¹¹

La geopolítica clásica ha sido también objeto de críticas desde el constructivismo por la íntima relación que ve entre sus postulados y los del realismo, relación que, para algunos, llega a una plena identificación que conside-

ra la geopolítica como una forma particular de realismo basada en la influencia de los entornos naturales definidos por la geografía y la tecnología. El uso durante la Guerra Fría de razonamientos geopolíticos por parte de figuras tan señeras del realismo político como Kissinger o Brzezinski para racionalizar sus argumentos estratégicos vendría a corroborar esta identificación. También lo haría el hecho de que, tanto la geopolítica como el realismo, compartan tendencias y presupuestos teóricos¹².

Esta asociación es considerada por algunos como suficiente para deslegitimar la geopolítica y para invalidar sus conclusiones, incluso si las enmiendas que se le hacen tienen más que ver con cómo la perciben ideológicamente sus detractores que con su contenido real¹³. Es negativa *per se*, puede inferirse, porque alimenta visiones nacionalistas proclives a soluciones militares contrarias a la del idealismo basado en la cooperación internacional. Es descalificada como propia de posicionamientos conservadores y militaristas que nos devolverían a un mundo hobbesiano¹⁴.

Estas y otras críticas terminaron provocando el abandono casi total de la geopolítica, cuya llama fue mantenida por un reducido grupo de geógrafos, politólogos y estrategias militares. Estén o no justificadas, lo cierto es que movieron a muchos de ellos a un revisionismo que trató de desembarazar a la geopolítica de la acusación de determinismo que frecuentemente se lanzaba contra ella. En contra de quienes negaban validez a la geopolítica, la corriente “neoclásica”, surgida como reacción a esas críticas, argumenta que las realidades geopolíticas, en particular la interacción entre la geografía, la tecnología y las actividades humanas, continúan siendo relevantes para quienes tienen la responsabilidad de definir políticas y estrategias, y que la geopolítica constituye un marco de análisis que les ayuda a entender mejor

contextos espaciales y temporales, integrando en sus análisis la posibilidad humana de elegir, que no queda en modo alguno excluida¹⁵.

Las escuelas geopolíticas contemporáneas han abandonado, en general, la idea de que el entorno geográfico puede determinar, en ninguna medida, la naturaleza del hombre moderno y han concentrado su atención, en consecuencia, en escuchar los prudentes dictados del medio ambiente. Dicho de otro modo, el geopolítico moderno no mira al mapa para descubrir qué nos empuja a hacer la naturaleza, sino qué nos aconseja hacer, a la vista de nuestras preferencias¹⁶.

El esfuerzo por evitar el estigma determinista no ha servido para que cesen las críticas. Es, por ejemplo, el caso de Guzzini, que considera que la geopolítica neoclásica no puede, aunque lo proclame, desprenderse del determinismo, por mucho que abandone toda pretensión prescriptiva y abrace una visión mucho menos exigente de sí misma, de sus capacidades y objetivos que se limite a poner de relieve la importancia de los factores geográficos, en sentido extenso, como elemento explicativo¹⁷.

En otra categoría, existen las críticas de quienes consideran que el progreso tecnológico ha terminado por romper la condicionalidad por la que el ser humano se encontraba inexorablemente sujeto a los dictados de la geografía. No es que la geopolítica haya perdido todo su valor por su causa, pero, de acuerdo con este punto de vista, la tecnología ha hecho que muchos de sus conceptos hayan perdido su significado o su validez¹⁸.

El constructivismo no se ha limitado a atacar los postulados de la geopolítica clásica. También ha hecho un esfuerzo por redefinir la disciplina de una forma coherente con el edificio conceptual de este enfoque, dando carta de nacimiento a la denominada “geopolítica crítica”. A diferencia de la clásica, que se centra

**EL
GEOPOLÍTICO
MODERNO NO
MIRA AL MAPA
PARA
DESCUBRIR
QUÉ NOS
EMPUJA A
HACER LA
NATURALEZA,
SINO QUÉ
NOS
ACONSEJA
HACER, A
LA VISTA DE
NUESTRAS
PREFERENCIAS**

en la “geografía de la política”, la geopolítica crítica trata de la “política de la geografía”; es decir, pone el foco en el papel que la geografía juega en apoyo a la política exterior de los estados, considerando que el papel y valor de los factores geográficos está impulsado por la interpretación que los actores hagan de ellos¹⁹.

Gearóid O’Thuatail y John Agnew, principales proponentes de esta línea, trataron de reconceptualizar el sentido de la geopolítica recurriendo al concepto de discurso. Su premisa de base es que la geografía es un discurso social e histórico íntimamente ligado a cuestiones de política e ideología. La geografía no es nunca un fenómeno natural no discursivo separado de la ideología sino que, concebida como discurso, es una forma de poder/conocimiento en sí misma.

Una visión desvestida de sesgos ideológicos arrojaría una imagen algo más benévola de la geopolítica, considerándola una herramienta útil que, no sólo tiene un valor explicativo *a posteriori* de las acciones u omisiones de los actores del sistema internacional, sino que, además, ilustra de las tendencias y preferencias geopolíticas y estratégicas de esos actores. Cada situación determina el grado de preeminencia otorgado al factor geográfico-físico y humano en el proceso de toma de decisiones estratégicas, o si se decide, incluso, pasarlo por alto en beneficio de otros aspectos. Lo que es indudable es que ese factor debe ser tenido en cuenta; un decisor puede ignorarlo, desde luego, pero si lo hace, debe ser consciente de las consecuencias de su inobservancia. Se tenga o no en cuenta, la geografía está ahí, y es tozuda.

Pese al esfuerzo de *aggiornamento* que ha hecho, la verdad es que, al menos en los niveles académico y político, el estudio de la geopolítica no habría gozado de gran predicamento hasta que la guerra de Ucrania la habría devuelto al primer plano por la vía de los hechos. ¿Asistimos a un *revival* de la geopolítica?

¿RETORNO DE LA GEOPOLÍTICA?

La asociación con el nazismo condenó a la geopolítica al ostracismo tras la derrota de Alemania en 1945, en un momento en el que las potencias occidentales vencedoras, lideradas por Estados Unidos, se esforzaban en construir un nuevo orden internacional que superase largos años de equilibrio de poder en Europa, y que librase a la Humanidad de una vez por todas del flagelo de la guerra.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, recogiendo la herencia de Roosevelt, Truman decidió implicar a la nación en el diseño de ese nuevo orden, en el que una red de instituciones –se crean ahora el Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo Global sobre Comercio y Tarifas, y la ONU– debía jugar un papel central en la creación de una “comunidad” que integraría a todas las naciones, incluida la Unión Soviética de Stalin de quien, por un tiempo y de forma quizás algo *naïf*, el presidente norteamericano esperó cooperación²⁰.

Las esperanzas de Truman, sin embargo, recibieron un baño de realidad en 1946 cuando el diplomático George Kennan envió al Departamento de Estado el cable que conocemos hoy como el “Largo Telegrama”. En este documento, Kennan trataba de explicar el comportamiento soviético a una administración que aún albergaba la esperanza de poder cooperar con Stalin; y lo hacía empleando argumentos geopolíticos, pues lo relacionaba con el atávico sentimiento de recelo que ha despertado en Moscú la constatación un tanto vergonzante de la superioridad tecnológica occidental, y con el sentimiento de inseguridad que nace del hecho geográfico de estar Rusia asentada en un terreno llano y abierto, susceptible, por tanto, a la invasión²¹.

Con la onda expansiva del “Largo Telegrama” aún viva, Estados Unidos, sin abandonar los esfuerzos de cooperación internacional, inauguró una aproximación

a las relaciones internacionales claramente realista –la “doctrina Truman”– según la cual Estados Unidos socorrería a cualquier país amenazado de caer bajo la égida soviética. Se inauguró así la era de la “contención”, que llevó a Norteamérica a intervenir durante la Guerra Fría en escenarios como Berlín, Grecia, Corea, China, Irán, Vietnam o Camboya, lugares todos ellos que, considerados geográficamente, se ubican en el borde del *Heartland* de Mackinder, más precisamente, en el *Rimland* de Spykman.

En una clave geopolítica similar debe entenderse la creación en 1949 de la OTAN, alianza cuyos contornos ya había esbozado Mackinder en 1943, aún en plena Guerra Mundial, en un último artículo en el que introdujo la noción del “Océano Mediterráneo” (*Midland Ocean*) para referirse al Atlántico, y en el que propuso una alianza en la que Estados Unidos proporcionara profundidad estratégica, Gran Bretaña se constituyera como una fortaleza protegida por un foso infranqueable, y Francia ofreciera una cabeza de puente defendible en el continente. La idea, nacida para enfrentarse a la amenaza de Alemania –de hecho, Mackinder aboga por una alianza con Rusia contra el poder alemán–, no perdió su vigencia con la derrota del nazismo, con la Unión Soviética pasando a encarnar la potencia terrestre que seguía siendo necesario contrarrestar²².

¿Y qué decir de la captura soviética de *Mitteleuropa* después de la guerra? La misma lógica geopolítica cabe atribuir a la creación por la URSS al final de la guerra de un cinturón de “estados satélites” en el este de Europa a los que se impuso sendos regímenes comunistas que sirvieron para crear un colchón de seguridad que separase a la Unión Soviética del mundo capitalista.

Los ejemplos de decisiones estratégicas tomadas con criterio geopolítico durante la Guerra Fría no se limitan a estos; son innumerables. A los ya expuestos

DURANTE LA GUERRA FRÍA, EEUU Y LA URSS PRACTICARON UNA POLÍTICA DE SEGURIDAD DE CLAROS TINTES REALISTAS, ILUMINADA POR LAS REALIDADES GEOPOLÍTICAS

podrían añadirse otros como la invasión rusa de Afganistán en 1979, o como el juego de contra-cercos que practicó la URSS en África e Hispanoamérica extendiendo su influencia en países como Angola, Mozambique, Cuba o Nicaragua. De todo ello puede colegirse que, aunque ambas superpotencias suscribían, a nivel declarativo y diplomático al menos, el orden liberal, en realidad practicaban una política internacional y de seguridad de claros tintes realistas, iluminada por las realidades geopolíticas, que bloqueó el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas durante décadas.

La implosión de la Unión Soviética abrió una ventana a la instauración real del tan ansiado orden liberal. En los años que siguieron a la caída del Muro de Berlín en 1989, los países satélites, y las repúblicas que habían formado parte de la URSS, escaparon de la órbita de Moscú para abrazar ese nuevo orden y su promesa de prosperidad y libertad. El vertiginoso crecimiento del número de democracias en este momento alimentó la ilusión de haber alcanzado el ideal kantiano de la Paz Perpetua.

Hasta Rusia parecía que iba a convertirse en un socio de Occidente, en lugar de en un competidor. No solo llegó a importantes acuerdos de reducción y control de armamentos, sino que apoyó activamente en 1990 la Resolución 678 del Consejo de Seguridad de la ONU que legitimó la operación militar multinacional para desalojar a las fuerzas iraquíes del territorio de Kuwait, produciendo una inédita unanimidad en el seno del mencionado Consejo de Seguridad que parecía imposible poco antes.

El tiempo de la anti-geopolítica parecía haber llegado²³. No es que hubiera un intento deliberado en este momento de descartar la geopolítica; simplemente, ésta había quedado superada por el “Fin de la Historia” que anunció Fukuyama. En el nivel macropolítico, este *Zeitgeist* tuvo su expresión en

la política exterior que comenzó a desplegar Estados Unidos, practicando intervenciones militares por razones humanitarias y promoviendo activamente la difusión de regímenes democráticos, aun cuando ello implicara costosas intervenciones armadas como la de Irak en 2003. Que estas políticas tuvieran un fundamento que, *a posteriori*, se ha revelado como poco sólido no resta valor a la idea de que se emprendieron con la finalidad de superar otras basadas en posicionamientos puramente geopolíticos.

El proceso de descomposición de Yugoslavia que siguió a la implosión soviética sirvió para constatar cómo, a pesar de esa tendencia global hacia el liberalismo, los argumentos geopolíticos continuaban gozando de validez. La intervención de Europa en las guerras que esta descomposición provocó debe entenderse en ese sentido. De la misma manera cabe interpretar el incidente que enfrentó en 1999 a la OTAN con fuerzas aerotransportadas rusas en Kosovo, en una carrera por el control del aeródromo de Pristina que pudo haber provocado un enfrentamiento directo con Rusia.

Algo similar puede decirse del proceso de ampliación de la OTAN que se vivió en los años noventa. En el momento en que Rusia relajó el control que férreamente había ejercido durante décadas sobre ellos, los países del este de Europa escaparon de la órbita de Moscú para abrazar el espacio de libertad y prosperidad que las instituciones de Europa Occidental les ofrecía. Quizás más importante aún en sus cálculos, buscaron la protección del paraguas de seguridad de la OTAN ante el temor que les inspiraba la proximidad rusa y su visión geopolítica de la región. Por mucho que se explicase en términos de cooperación con Rusia, la expansión de la Alianza Atlántica fue percibida en Moscú como una intromisión Occidental en su esfera de seguridad. Una intromisión asumida a la fuerza por una postrada Rusia, pero nunca aceptada.



Enfrentamiento de bloques durante la Guerra Fría [SanJosé]

Si estos ejemplos indicaban que las consideraciones geopolíticas debían ser tenidas en cuenta incluso en la nueva realidad globalista que a los cuatro vientos se proclamaba, la entrada de Vladimir Putin en la escena de la política rusa en el año 2000 con una agenda revisionista certificó que, al menos desde el punto de vista de Moscú, la geopolítica volvería a ser la brújula que orientaría sus relaciones internacionales.

No puede decirse, en verdad, que Putin haya ocultado sus puntos de vista sobre el orden mundial o las relaciones internacionales. En 2005, en su discurso anual ante la Asamblea Federal, definió la disolución de la Unión Soviética como “la mayor catástrofe geopolítica del siglo”²⁴. Dos años más tarde pronunció un duro discurso en la Conferencia de Seguridad de Munich en el que expuso, en términos poco crípticos, el agravio que percibía Rusia por lo que veía como el abuso por Estados Unidos de las reglas y normas del sistema internacional a su favor y en contra de Rusia. Curiosamente, lo hizo utilizando argumentos

liberales que, en labios de Putin, sonaban poco convincentes.

En ese esfuerzo, Putin ha buscado apoyo en el pensamiento de Alexander Dugin, el representante más conspicuo del “Euroasianismo”²⁵. Tomando ideas de otros autores, entre los que destaca Haushofer, esta corriente propone la existencia de un conflicto entre el “Atlanticismo” y el “Euroasianismo”, a la vez que pone a Rusia como centro privilegiado de un mundo que no es ni europeo ni asiático, basado sobre los dos pilares de la Iglesia Ortodoxa y del legado político de Genghis Khan, y amenazado por el contacto con Occidente, que practicaría sobre ella una “estrategia de la anaconda” presionándole desde todas las costas de Eurasia.

Con estos antecedentes, no resulta extraño que Rusia haya practicado una política internacional de corte realista en la que las consideraciones de poder, fundamentadas sobre argumentos geográficos, ocupan un lugar preeminente. Es así como pueden interpretarse acciones como el ciberataque sobre Estonia en

LA LLEGADA DE PUTIN CON UNA AGENDA REVISIONISTA CERTIFICÓ QUE LA GEOPOLÍTICA VOLVERÍA A SER LA BRÚJULA QUE ORIENTARÍA SUS RELACIONES INTERNACIONALES

2007; la invasión de Georgia en 2008; la intervención en Ucrania en 2014; la irrupción en la guerra civil siria –país donde mantiene bases militares permanentes– en 2015; el envío de una “fuerza de paz” para “mediar” en la guerra entre Armenia y Azerbaiyán en 2020; los esfuerzos para neutralizar el gaseoducto “Nabuco” de la Unión Europea; la construcción de los gaseoductos “Nordstream 1” y “Nordstream 2”; o, cómo no, la guerra declarada a Ucrania en febrero de 2022.

El escenario histórico que acabamos de describir es la crónica de los esfuerzos del orden liberal por imponerse sobre el sistema realista de equilibrio de poder al término de la Segunda Guerra Mundial. De forma general, puede decirse que, si no a nivel académico, en el terreno práctico, los axiomas y los cálculos geopolíticos se superpusieron en el dominio de la confrontación de la Guerra Fría a los intentos de las instituciones internacionales por imponer un orden basado en reglas respetadas por todos.

A este largo período de confrontación le sucedió un hiato en el que la idea liberal parecía al alcance de la mano y en el que las cuestiones humanitarias desplazaron al frío cálculo de intereses como criterio de actuación en la escena internacional²⁶. Ese corto lapso, sin embargo, resultó una ilusión que quedó enterrada bajo los escombros del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001, y que la cada vez más asertiva Rusia de Vladimir Putin acabó finiquitando. Las instituciones internacionales, a decir verdad, subsistieron, pero retornaron, cada vez más cuestionadas, a la situación de parálisis que habían conocido en el pasado.

Esta es, en definitiva, la situación en la que actualmente se encuentra el sistema internacional, gestionando el significado de fondo del reto que le plantea la cruda invasión rusa de Ucrania, que no obedece sino a descarnadas razones de poder, y, cada vez más divi-



Ampliación de la OTAN a países del centro y este de Europa [CamiloChavesdg]

**NO ES QUE LA
GEOPOLÍTICA
HAYA
REGRESADO,
SINO QUE
MÁS BIEN NO
SE HA IDO
NUNCA, AL
MENOS PARA
QUIEN HAYA
QUERIDO
VERLA**

dido entre un mundo liberal que se aferra a las reglas y normas internacionales, y otro iliberal que no se siente concernido por esas reglas –que utiliza, sin embargo, cuando le resulta útil–, y que aspira a establecer un orden que le sea más ventajoso.

CONCLUSIONES

Llegados al momento de las conclusiones, en respuesta a la pregunta inicial, este artículo ofrece argumentos que apuntan a que la geopolítica, no es que haya regresado, sino que, más bien, no se ha ido nunca, al menos para quien haya querido verla. A pesar de los esfuerzos hechos, fundamentalmente en el ámbito académico, para privarla de legitimidad desde ciertos posicionamientos ideológicos, la geopolítica ha mantenido su valor y su utilidad, simplemente porque las realidades geográficas –sin que con ello se pretenda abogar en favor de ningún tipo de determinismo– son insoslayables. De hecho, quienes han ostentado responsabilidades políticas o estratégicas se han cuidado mucho de ignorarla, o de ir en contra de sus postulados, por mucho que a nivel retórico se hayan abonado a la idea del liberalismo y de la cooperación internacional que

no deja de ser, desde luego, una noble aspiración universal.

No es correcto, ciertamente, asumir la tiranía de la geografía sobre la política internacional, pues hacerlo equivale a pasar por alto la existencia del libre albedrío o del error y la obstinación humanos. Pero no es menos cierto que las realidades geográficas son las que son, que influyen en las decisiones humanas, y que quien las ignora en aras de altos ideales lo hace asumiendo el riesgo de que otros no lo hagan.

Es verdad que, en este momento, cuando Putin ha cruzado su particular Rubicón para enfrentarse abiertamente con el mundo de las democracias liberales, el interés por la geopolítica parece haber renacido. En realidad, la experiencia histórica demuestra que este recurso a la geopolítica ha crecido en el pasado en circunstancias similares, cada vez que el orden internacional ha sufrido una sacudida lo suficientemente fuerte como para forzar a los actores del sistema internacional a reconsiderar los fundamentos del dicho orden, así como los de su identidad individual y de su papel en el mismo. Un interés similar se despertó en 2014, con la anexión de Crimea o, anteriormente, como consecuencia de los

atentados del 11 de septiembre, o a la conclusión de la Guerra Fría. Mientras el sistema liberal parece rendir frutos de estabilidad, paz y prosperidad, el significado y la validez de los planteamientos geopolíticos permanecerán oscurecidos. Pero los hechos geográficos seguirán en su sitio.

Lo que no sabemos es si este repunte en el interés de la geopolítica va a ser definitivo y si, a partir de ahora, las relaciones internacionales van a abandonar cualquier intento de avanzar hacia la kantiana paz perpetua para abrazar un realismo descarnado. Ojalá no sea así. Pero ello no de-

**NO LA
GEOPOLÍTICA
EXPANSIVA
SINO LA QUE
ORIENTA PRE-
FERENCIAS Y
TENDENCIAS
ESTRATÉGICAS
ES LA QUE
MERECE LA
PENA
RESCATAR**

pendará de quienes aspiren a la cooperación global. Nadie puede dudar de lo meritorio que resulta trabajar para alcanzar ese noble objetivo, ni puede poner en cuestión los logros alcanzados. Pero mientras existan –como es el caso hoy– potencias relevantes que rehúsen abrazarlo, no resulta prudente desoír lo que la geopolítica tiene que decir.

El retorno a la geopolítica de Ratzel o Haushofer sería, efectivamente, tan preocupante como extemporáneo y absurdo. Tampoco hay que llegar a ese extremo para sentir preocupación por políticas expansivas basadas en los prin-

cipios geopolíticos como la que practica China en el Mar del Sur de China, o la de Vladimir Putin en lo que se refiere a su prestigio internacional y a su autoproclamada “esfera de influencia”. Sin embargo, la consideración de la geopolítica como un elemento explicativo *post facto* de la acción de los estados-naciones, así como una brújula que orienta las preferencias y tendencias estratégicas de las naciones-estado, ayudaría mucho a alcanzar una deseable estabilidad del sistema internacional y a prevenir muchos conflictos. Esa es la geopolítica que merece la pena rescatar ●

NOTAS

- 1 Stefano Guzzini, Chapter 2, “Which Geopolitics?” in, Guzzini, Stefano, ed., *The Return of Geopolitics in Europe? Social Mechanisms and Foreign Policy Identity Crises*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), p. 29.
- 2 Aristóteles, por ejemplo, estableció en su “Política” una conexión directa entre el dominio griego y su situación en la zona templada.
- 3 Günter Wolkersdorfer, “Karl Haushofer and Geopolitics. The History of a German Mythos”, *Geopolitics*, Vol. 4, No. 3 (Winter 1999), p. 147.
- 4 Holger H. Herwig, “Geopolitik: Haushofer, Hitler and lebensraum”, *Journal of Strategic Studies*, Vol. 22, No. 2-3 (1999), pp. 220.
- 5 Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, (Singapore: Origami Books, 2018), p. 97.
- 6 Saul Bernard Cohen, *Geografía y política en un mundo dividido*, (Madrid: Ediciones Ejército, 1980), p. 93.
- 7 *Ibid.*
- 8 Ladis K. D. Kristof, “The Origins and Evolution of Geopolitics”, *The Journal of Conflict Resolution*, Vol. 4, No. 1, (Mar., 1960), p. 21.
- 9 Guzzini, Chapter 2, “Which Geopolitics?”, p. 69.
- 10 *Ibid.*, p. 26.
- 11 Kristof, “The Origins and Evolution of Geopolitics”, p. 19.
- 12 Zhengyu Wu, “Classical geopolitics, realism and the balance of power theory”, *The Journal of Strategic Studies*, Vol. 41, No. 6 (2018), p. 787.
- 13 *Ibid.*
- 14 Guzzini, Chapter 2, “Which Geopolitics?”, p. 43.
- 15 Wu, “Classical Geopolitics, realism and the balance of power theory”, p. 817.
- 16 Kristof, “The Geography of Conflict”, p. 19.
- 17 Guzzini, Chapter 2, “Which Geopolitics?”, p. 36.
- 18 Błażej Sajduk, “Geopolitics and Technology”, August 1st, 2021, Jagellonian University, https://www.researchgate.net/publication/357097836_Geopolitics_and_technology (accedido el 14 de diciembre de 2022), p. 306.
- 19 Guzzini, Chapter 2, “Which Geopolitics?”, p. 13.
- 20 Michael Neiberg, *Potsdam. The End of World War II and the Remaking of Europe*, (New York, NY: Basic Books, 2015), p. 82.
- 21 Refiriéndose a la perspectiva rusa de los asuntos internacionales, por ejemplo, Kennan decía que, en el fondo de esa visión estaría el “traditional and instinctive Russian sense of insecurity. Originally, this was insecurity of a peaceful agricultural people trying to live on vast exposed plain in neighborhood of fierce nomadic peoples...”
- 22 Halford Mackinder, *Heartland. Three Essays on Geopolitics*, Katoomba: Spinebill Press, 2022, 80.
- 23 Harvey Sichermann, “The Revival of Geopolitics”, *The Intercollegiate Review*, Spring 2002, p. 17.
- 24 Alexander Astrov y Natalia Morozova, “Russia: geopolitics from the heartland”, en Stefano Guzzini, ed., *The Return of Geopolitics in Europe? Social Mechanisms and Foreign Policy Identity Crises*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), p. 192.
- 25 En Agosto de 2022, un atentado de autoría no plenamente esclarecida acabó en Moscú con la vida de Daria Dugina, hija de Alexander Dugin, parece plausible pensar, era el objetivo buscado por los autores del atentado, toda vez que conducía el vehículo de su padre.
- 26 No es casualidad que las misiones humanitarias bajo bandera de la ONU o de la OTAN se multiplicaran en este período.